

# Una utopía conservadora: la política

A propósito de Christian LAVAL y Pierre DARDOT,  
*La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*,  
Barcelona, Gedisa, 2013, 427 pp.

Daniel ABRALDES

Universidad Complutense de Madrid

abraldesd@gmail.com

“Under neoliberalism, the criterion is the market. The total *market* becomes a perfect institution. Its utopian character resides in the promise that its total application cancels out all utopias. (...) Moreover, if there is unemployment and social exclusion, if there is starvation and death in the periphery of the world system, that is not the consequence of the deficiencies or limits of the laws of the market; it results rather from the fact that such laws have not yet been fully applied”.

Boaventura de Sousa Santos

Desde aquel temprano y célebre *Nacimiento de la biopolítica* de Foucault hasta la más reciente *Breve historia del neoliberalismo* de David Harvey, pasando por algunos importantes textos de Pierre Bourdieu<sup>1</sup> o Perry Anderson<sup>2</sup>, el neoliberalismo ha sido profusamente estudiado. No siempre con pareja lucidez a la de tan connotados antecedentes, se han escrito ríos de tinta sobre la materia. Sin embargo, hasta donde teníamos noticia, no se había ensayado aún un abordaje exhaustivo, riguroso y sistemático sobre la cuestión del neoliberalismo como formación hegemónica o, por decirlo con los autores, como nuevo *régimen de evidencias o racionalidad*<sup>3</sup> capaz de

<sup>1</sup> “Neoliberalismo: balance provisorio” y “Más allá del neoliberalismo: lecciones para la izquierda”. Ambos textos, del año 1999, recogidos como capítulos en Emir Sader y Pablo Gentili (comps.): *La trama del neoliberalismo: mercado, crisis y exclusión social*, Buenos Aires, CLACSO, 2003.

<sup>2</sup> “The Essence of Neo-liberalism”, *Le Monde Diplomatique*, Diciembre 1998.

<sup>3</sup> Cf. “Introducción”, pp. 12-7. La noción de *racionalidad*, categoría central que vertebrata el análisis del neoliberalismo como formación hegemónica en la medida en que “tiende a estructurar y a organizar, no sólo la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los propios gobernados” (p. 15), es introducida a partir de una doble referencia explícita: la idea de una “razón configuradora de mundo” desarrollada por Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y el concepto de “racionalidad política” que Foucault elabora en el *Nacimiento de la biopolítica* en relación directa con la cuestión de la gubernamentalidad. Dicha *racionalidad* produce un régi-

modelar transversal y uniformemente el espectro ideológico-político previo a su irrupción. Con cuatro años de retraso respecto a su edición original en francés, disponemos finalmente de la versión castellana de *La nouvelle raison du monde*. En ella, el sociólogo Christian Laval y el filósofo Pierre Dardot, cofundadores en el año 2004 del grupo “Question Marx”, prolongan la investigación que sobre el neoliberalismo incoara el primero en su libro *La nouvelle école capitaliste*. Esta nueva obra, a contramano de un enfoque dominante que tiende a interpretar el neoliberalismo en los términos más o menos implícitos (pero siempre intrínsecamente simplistas) de un *complot*<sup>4</sup>, emplea instrumentos teóricos y metodológicos de claro linaje foucaultiano con el objeto de desentrañar el complejo entramado ideológico-disciplinario que le ha permitido al neoliberalismo no sólo sustanciarse como racionalidad política hegemónica o sobrevivir a la crisis desatada a partir del año 2008, sino radicalizarse aun más tras ésta, llegando a postularse como remedio de las enfermedades que él mismo inoculara.

Pero antes de emprender el análisis del neoliberalismo como formación hegemónica<sup>5</sup>, Laval y Dardot acometen la tarea preliminar de intentar aislar su especificidad característica. Para ello resulta indispensable una genealogía que habrá de remontarse a la conmovición que atraviesa el pensamiento liberal en los años treinta del pasado siglo como producto inmediato del crack del '29 y la primera gran crisis del capitalismo contemporáneo. Pensar esta crisis del liberalismo<sup>6</sup> no es aquí una operación ociosa ni arbitraria. Dicha crisis es, sobre todo, una crisis de la *gubernamentalidad* liberal, y como tal supone, por consiguiente, el trauma originario de cuya elaboración el neoliberalismo obtendrá en parte, más que una lección, su esencia misma.

Aunque no deja de intervenir en el presente –aun bajo el signo de la abstención, la omisión, la pasividad–, el liberalismo se sigue nutriendo doctrinalmente del pasado. El mundo que a través de sus más egregios voceros lo inspira ha quedado irre-

---

men de evidencias compartidas en el que, como argumentaremos más adelante, resuena el gramsciano “sentido común”.

<sup>4</sup> Sin poner en entredicho los efectos socio-económicos regresivos que el neoliberalismo obviamente comporta frente al precedente régimen fordista, los autores se valdrán de la noción foucaultiana de *estrategia sin sujeto* (o *sin estrategia*) para intentar explicar esta reacción conservadora sorteando sin embargo una determinada concepción de la historia excesivamente racionalista y voluntarista: “este uso del término “estrategia” podría dar a entender que el objetivo de la competencia generalizada entre empresas, economías y Estados, fue resultado de una larga elaboración a partir de un proyecto madurado desde mucho tiempo atrás, como si hubiera sido objeto de una elección racional y controlada de medios puestos al servicio de los objetivos iniciales. (...) Nuestra tesis es que este objetivo se constituyó en el curso del propio enfrentamiento, imponiéndose a fuerzas muy distintas debido a la lógica misma del enfrentamiento, y que a partir de ese momento desempeñó un papel de catalizador ofreciendo un punto de reagrupamiento para fuerzas hasta entonces relativamente dispersas” (p. 192).

<sup>5</sup> Cf. Parte III: “La nueva racionalidad”.

<sup>6</sup> Cf. Parte I: “Los límites del gobierno”.

mediablemente atrás. Lo que sobrevive pues, hasta que no se haga la oportuna catarsis, no puede ser más que cascarón dogmático, una ucronía del pensamiento. Con la excepción hecha de un Mill o un Tocqueville, cuyas “inquietudes precoces” se encargan de reseñar con justicia Laval y Dardot<sup>7</sup>, será este anquilosamiento doctrinal el que dejará al liberalismo inerme ante los desafíos a los que necesariamente lo enfrenta el proteico desarrollo del capitalismo finisecular. El liberalismo, tanto económico como político, no tiene en sus esquemas teóricos lugar para el Estado capitalista, para las grandes corporaciones que desplazan de su rol protagónico a la multitud de pequeños productores, para los masivos desplazamientos poblacionales del ámbito rural al urbano, etc. Desprovisto así de herramientas conceptuales a la altura de los tiempos, no hará sino seguir entonando la cantinela del *laissez-faire* hasta que el mundo se le venga finalmente encima.

Lo que la crisis de los años treinta vino a poner de manifiesto fue, como advierten los autores, “la insuficiencia del principio dogmático de la no intervención en la conducción de los asuntos gubernamentales”<sup>8</sup>. Con ella, por tanto, se perdía la *inocencia naturalista* de aquel liberalismo tradicional.

Pero si este egreso de la ilusión naturalista –la asunción lisa y llana de la necesidad de reconocerse como razón gubernamental, superando así el mito del *laissez-faire* y sus falaces alternativas entre Estado y mercado, entre intervención y no-intervención– es, como señalan Laval y Dardot, una nota común al liberalismo del siglo XX en su totalidad, la especificidad propiamente neoliberal no puede aparecer aún sin una *operación suplementaria* que los autores introducirán en la confrontación del “nuevo liberalismo” de cuño keynesiano y el “neoliberalismo” en su doble vertiente alemana y austro-norteamericana. Conviene transcribir aquí el extenso pero imprescindible pasaje donde dicha operación tiene lugar: “El “nuevo liberalismo”, una de cuyas expresiones tardías y más elaboradas en el plano de la teoría económica fue la de J. M. Keynes, consistió en reexaminar el conjunto de los medios jurídicos, morales, políticos, económicos, sociales, que permitían realizar una “sociedad de libertad individual” provechosa para todos. Dos proposiciones podrían resumirlo: 1- Las *agenda* del Estado deben ir más allá de las fronteras que el dogmatismo del *laissez faire* les había impuesto, si se quiere salvaguardar lo esencial de los beneficios de una sociedad liberal. 2- Estas nuevas *agenda* deben poner en cuestión en la práctica la confianza hasta entonces concedida a los mecanismos autorreguladores del mercado y la fe en la justicia de los contratos entre individuos supuestamente iguales. (...) El “neoliberalismo” surge más tarde. Se presenta, en ciertos aspectos, como una decantación del “nuevo liberalismo” y en otros aspectos como una

---

<sup>7</sup> Cf. pp. 34-8.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, p. 61.

alternativa a los tipos de intervención económica y al reformismo social promovidos por el “nuevo liberalismo”. Compartió con él ampliamente la primera proposición. “Pero, aun cuando los neoliberales admiten la necesidad de una intervención del Estado y rechazan la pura pasividad gubernamental, se oponen a toda acción que obstaculice el juego de la competencia entre intereses privados”<sup>9</sup>.

Este denominador común –intervención gubernamental, pero sólo con el objeto de favorecer la *competencia* o, por seguir un ilustrativo giro de los autores, con el afán de *multiplicar ilimitadamente las situaciones de mercado*– es por consiguiente lo que permitiría reconocer una dogmática mínima y común del credo neoliberal y lo que, por eso mismo, confiere unidad de sentido a la segunda parte de la obra, en la que Laval y Dardot ensayan lo que merece ser descrito como la historia intelectual del neoliberalismo<sup>10</sup>.

A partir de aquí una peligrosa *equivocidad* en torno a la noción de *competencia* diluye y desmerece lo que, advertido el lector, puede ser aún rescatado como uno de los grandes méritos de la obra. Se diría que Laval y Dardot incurren en alguna medida en aquel vicio que censuráramos párrafos más arriba en el pensamiento liberal de principios del siglo XX. *La nueva razón del mundo* es un indisimulado epígono de las investigaciones foucaultianas en torno al neoliberalismo y a la moderna cuestión de la gubernamentalidad, a las que frecuentemente sigue a pies juntillas. A dicho apego debe en gran medida su lucidez y perspicacia, pero también, una vez que aquél se vuelve incondicional (dogmático, diríamos), algunos de los pre-juicios que limitan estructuralmente su análisis.

Cuando en el *Nacimiento de la biopolítica* Foucault se propone aislar la especificidad del neoliberalismo, éste no tiene todavía a sus espaldas más de tres décadas como poder realmente existente. Como es sabido, lo que luego sería publicado como libro recoge el curso que impartiera Foucault en el Collège de France durante el primer semestre del año 1979. Más exactamente, entre los meses de enero y abril de dicho año. Cuando el curso finaliza, por lo tanto, aún falta un mes para que Margaret Thatcher asuma como Primera Ministra del gobierno británico, Ronald Reagan se encuentra todavía lejos de ocupar la Casa Blanca y el Banco Mundial no conoce aún la definitivamente transformadora presidencia de Alden W. Clausen. Salvo por la

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 62-3. La cursiva es nuestra.

<sup>10</sup> Cf. Parte II: “La refundación intelectual”. Historia intelectual del neoliberalismo e ideología neoliberal no deben ser confundidas. Su oportuna discriminación introduce una distinción fundamental que, reflejada en la arquitectura capitular de la obra, forma parte de una precisa demarcación metodológica de regiones y niveles de análisis. Ello permitirá, entre otras cosas, tornar la investigación más atenta a la práctica normativa que a la representación ideológica, así como recobrar esa “dimensión productiva” del neoliberalismo que sus grandes teóricos conocían muy bien y que permanece completamente silenciada en una vulgata que insiste en concebirlo en términos de una “retirada del Estado”.

temprana colonización del FMI a manos de los “monetaristas” durante la década del ’70 y por las ignominiosas experiencias de neoliberalismo tercermundista<sup>11</sup> tuteladas por algunos de los gobiernos dictatoriales de América Latina, el neoliberalismo es aún en gran medida una incógnita práctica<sup>12</sup>. La única experiencia “neoliberal” acaso atendible es la de la República Federal Alemana y la economía social de mercado que los ordoliberales han conseguido instalar en ella, que Foucault conoce y analiza pero que sólo el tiempo podrá acabar revelando como *inconmensurable* (y por ende no vinculante). Con estas salvedades hechas, podríamos afirmar que no hay aún una “normatividad práctica” sustanciosa en la que indagar la auténtica naturaleza política del neoliberalismo. *El que será el neoliberalismo realmente existente* es especulación teórica, *programa* de gobierno; sobrevive todavía fundamentalmente en el “closet de la academia”<sup>13</sup>.

Y ésta es precisamente la cuestión decisiva: que el neoliberalismo austro-norteamericano –que, con Hayek como eminente abanderado, obtuvo la victoria en la disputa hegemónica interior al propio neoliberalismo– no había gozado hasta entonces del tiempo y la historia suficientes para mostrar las significativas diferencias que lo separaban del ordoliberalismo. Que en el *Nacimiento de la biopolítica*, dadas sus legítimas preocupaciones teóricas<sup>14</sup> y el momento histórico en el que la investigación tiene lugar, Foucault no se haya visto en la necesidad de introducir una distinción *tajante* entre ambas corrientes no redime el error de omitir dicha distinción tres décadas más tarde<sup>15</sup>. La fetichista concepción de la *competencia* como panacea no alcanza a disimular el hecho fundamental de que desde una óptica como

<sup>11</sup> En la obra de Laval y Dardot no hay rastro de esta sustancial diferencia entre el neoliberalismo de los países desarrollados y un neoliberalismo propio del entonces llamado Tercer Mundo, perpetrado fundamentalmente a partir del muy poco “hegemónico” mecanismo de sojuzgamiento del endeudamiento externo estructural.

<sup>12</sup> Colin Crouch: *La extraña no-muerte del neoliberalismo*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012. En especial, Cap. 1: “La carrera previa del neoliberalismo”, de donde procede fundamentalmente el cuadro epocal recién expuesto.

<sup>13</sup> Cf. Verónica Perera: “Neoliberalism as pensamiento único: How did it happen?”, 2007. ([http://www.newschool.edu/uploadedfiles/NSSR/Centers\\_and\\_Special\\_Programs/Veronica\\_Perera\\_050404.pdf](http://www.newschool.edu/uploadedfiles/NSSR/Centers_and_Special_Programs/Veronica_Perera_050404.pdf))

<sup>14</sup> El neoliberalismo no se incorpora sino subsidiariamente a la obra como un caso de la cuestión teórica que interesa a Foucault, a saber, el problema de la gubernamentalidad y, particularmente, el de un arte de gobierno específicamente liberal.

<sup>15</sup> La decisión de situar en el más amplio y plural Coloquio Walter Lippmann (cf. cap. 2) –y no en el nacimiento de la Sociedad Mont Pelerin– el momento fundacional del neoliberalismo, expresa en gran medida, con un gesto teórico hoy en día iconoclasta, esa extraviada fidelidad. No obstante, es preciso reconocerle cierto mérito a dicha apuesta teórica ya que, en efecto, es durante este coloquio, encabezado por las figuras precursoras de Walter Lippmann y Louis Rougier, cuando tiene lugar la catarsis anti-naturalista del liberalismo.

la de Polanyi<sup>16</sup> –inexcusable si se pretende decir alguna palabra con sentido sobre el liberalismo como proyecto económico de instauración de una sociedad de mercado– el ordoliberalismo no desatiende del todo ese contra-movimiento de *protección social*<sup>17</sup> que los discípulos de Hayek obviarán por completo y que le dará a nuestro mundo su carácter específicamente desgarrador.

Estas precisiones no aportan un mero matiz. *In partibus fidelium*, la voluntad de no disolver la unidad *genérica* propuesta en su momento por la autoridad foucaultiana acaba desdibujando en una marea inorgánica de referencias cruzadas la *específica noción de competencia* que terminará informando la política que a escala global impondrá el neoliberalismo realmente existente y cuyo precedente han sabido rastrear Laval y Dardot, no sin mérito, en el neodarwinismo de Herbert Spencer<sup>18</sup>.

Es el spencerismo el que incubará una verdadera *mutación* de la tranquila y fecunda noción de competencia del liberalismo clásico, imprimiéndole esa *naturaleza intrínsecamente predatoria* que se prolonga en la corriente austro-norteamericana: “Spencer desplazará de este modo el centro de gravedad del pensamiento liberal, pasando de un modelo de la división del trabajo al de la competencia como necesidad vital. Este naturalismo extremo, además de que podía satisfacer intereses ideológicos y dar cuenta de las luchas comerciales feroces entre empresas y economías nacionales, hace pasar la concepción del motor del progreso desde la *especialización* hasta la *selección*, lo cual no tiene las mismas consecuencias, indudablemente. En el primer modelo, que se encuentra ejemplarmente en Smith y Ricardo, pero que les es muy anterior, el libre intercambio favorece la especialización de las actividades, la repartición de las tareas en el taller, así como la orientación de la producción nacional. El mercado, nacional o internacional, con su juego propio, es la mediación necesaria entre las actividades, el mecanismo de su coordinación. La primera consecuencia de este modelo comercial y mercantil es que, mediante el aumento general de la productividad media derivada de la especialización, todo el mundo gana en el intercambio. No

<sup>16</sup> Cf. *La gran transformación*, Argentina, FCE, 2007. En la medida en que cualquier doctrina o programa político que no cuestione la economía de mercado es, polanyianamente hablando, liberal, una aparente diferencia de grado como la que separa ordoliberalismo y neoliberalismo austro-norteamericano puede ser heurísticamente entendida como una decisiva diferencia cualitativa. A nuestro entender, por iconoclasta que pueda parecer *prima facie* un juicio como el que sigue, el ordoliberalismo, con su economía social de mercado, está más próximo a la socialdemocracia que a Hayek, algo que de algún modo trasluce lo enconado que se volvería el debate durante el Coloquio Walter Lippmann.

<sup>17</sup> Cf. cap. 3: “El ordoliberalismo entre ‘política económica’ y ‘política de sociedad’”. A diferencia de lo que sucede con los pensadores de la Escuela de Friburgo, como W. Eucken y F. Böhm, especialmente notoria es esa preocupación social en autores como Müller-Armack, W. Röpke y A. von Rüstow, todos ellos partidarios de un ordoliberalismo de inspiración “sociológica”.

<sup>18</sup> V. pp. 38-49.

es una lógica eliminadora del peor de los sujetos económicos, sino una lógica de la complementariedad, que mejora incluso la eficacia y el bienestar del peor de los productores. (...) En el segundo modelo, muy al contrario, nada garantiza que el que participa en la gran lucha de la selección natural sobreviva a pesar de sus esfuerzos, su buena voluntad, sus capacidades. Los menos aptos, los más débiles, serán eliminados por quienes son los más aptos, los más fuertes en la lucha. *Ya no se trata, entonces, de una lógica de promoción general, sino de un proceso de eliminación selectiva*<sup>19</sup>.

De Spencer viene lo que con riguroso acierto Laval y Dardot denominarán, como epítome de un sentido común epocal, el *competencialismo*; el insidiosamente venerado competencialismo que, como una corriente telúrica, alienta las vidas de los moradores de la aldea global.

Entre la fundación de la Sociedad Mont Pelerin en 1947 y el período de estancamiento en el que irá a agotarse el régimen keynesiano-fordista transcurren no menos de veinte años de un clima político e intelectual naturalmente hostil a las ideas neoliberales. La traumática crisis de los años '30 es aún demasiado reciente, Europa está embarcada en un proyecto de reconstrucción que tornaría peregrina toda idea de austeridad pública y se encuentra en plena gestación lo que andando el tiempo, justamente bajo el influjo de dichas políticas keynesiano-fordistas, se conocerá como la edad de oro del capitalismo. Pero, contrariamente a lo que podría hacernos creer la imagen del “closet de la academia”, éste no es pura ni exclusivamente un período de retirada elaboración teórica, sino antes bien de un denodado activismo ideológico al que Laval y Dardot aluden, para distinguirlo del momento hegemónico del “neoliberalismo de gestión”, como fase de “neoliberalismo militante”<sup>20</sup>.

Sin embargo, la acción ideológica, imprescindible por lo que concierne a la preparación del terreno, a la gestación de la oportunidad, no alcanza por sí sola para explicar la conquista de una posición hegemónica. Lo mejor del legado foucaultiano emerge en ese capítulo bisagra que inaugura la tercera y última parte de la obra y que lleva por título “El giro decisivo”. En la medida en que éste versa sobre esos fatídicos años ochenta en los que el neoliberalismo se vuelve acción política gubernamental —emblemáticamente representada por las figuras de Reagan y Thatcher— parece diáfano su sentido: sin ese inexcusable *suplemento disciplinario* que sólo el poder gubernamental está en condiciones de aportar a través de la disponibilidad de un aparato

<sup>19</sup> *Op. cit.*, pp. 46-7. La segunda cursiva es nuestra.

<sup>20</sup> “Algunos autores desarrollaron una estrategia muy consciente de *lucha ideológica*. Hayek, von Mises, Stigler o Friedman *pensaron* verdaderamente en la importancia de la propaganda y de la educación, tema que ocupa una parte notable de sus escritos y de sus intervenciones. Incluso quisieron da a sus tesis una forma más popular, para que alcanzaran, si no directamente a la opinión, al menos a quienes la crean, y ello muy tempranamente, como lo demuestra el éxito mundial de *El camino de la servidumbre* (sic.), de Hayek” (p. 206).

institucional que permite operar no sólo sobre el espíritu, sino sobre el cuerpo mismo, ninguna doctrina, por convincente que sea, puede tornarse *régimen de evidencias*. Sin ese asalto al poder real, la ideología neoliberal jamás hubiese podido resolverse hegemónicamente en *racionalidad*: “El término *disciplina* podrá sorprender aquí. Implica, al menos en apariencia, cierta inflexión respecto al término que le dio M. Foucault en *Vigilar y castigar* cuando lo aplicaba a las técnicas de distribución espacial, de clasificación y doma de los cuerpos individuales. El modelo de la disciplina era para él el Panóptico benthamiano. Sin embargo, *lejos de oponer la “disciplina”, la “normalización” y el “control”, como han sostenido ciertos exégetas, M. Foucault hizo cada vez más visible la matriz de esta nueva forma de “conducción de las conductas”, que puede diversificarse, según los casos a tratar, desde el encierro de los prisioneros hasta la vigilancia de la calidad de los productos vendidos en el mercado. Si “gobernar es estructurar el campo de acción posible de los demás”, la disciplina puede ser redefinida, de forma más amplia, como un conjunto de técnicas de estructuración del campo de acción, distintas según la situación en la que se encuentre el individuo. Desde la edad clásica de las disciplinas, el poder no puede ejercerse, por lo tanto, mediante una pura coacción sobre los cuerpos, debe acompañar el deseo individual y orientarlo haciendo que intervengan todos los mecanismos de lo que Bentham llama la “influencia”. Lo cual supone que penetre en el cálculo individual, que participe de él incluso, para actuar sobre las anticipaciones imaginarias que llevan a cabo los individuos: para reforzar el deseo (mediante la recompensa), para debilitarlo (mediante el castigo), para desviarlo (sustituyendo su objeto)”<sup>21</sup>.*

---

<sup>21</sup> *Op. cit.*, pp. 217-8, cursivas nuestras. Nuestra insistencia en emplear una categoría como *hegemonía* para recoger aquel fenómeno al que Laval y Dardot aluden bajo la noción de *racionalidad* –o el más inmediatamente ilustrativo *régimen de evidencias*– vehicula la pretensión de hacer notar hasta qué punto el análisis foucaultiano de la gubernamentalidad y el estudio gramsciano de la hegemonía son tendencialmente convergentes. El análisis gramsciano incorpora a la noción tradicional de hegemonía –aquella que procede de la socialdemocracia rusa y que aún pervive en el lenguaje coloquial denotando la *amplitud* o *extensión* de un dominio político– el elemento determinante de su carácter *no coercitivo*. Más aún, parece articular orgánicamente ambos rasgos, de suerte tal que por lo general se puede inferir que todo poder político será tanto más extenso cuanto menos coercitivo, tanto más seguro cuanto menos perceptible o manifiesto. Esta concepción de la hegemonía es por ello mismo enteramente afín a una cierta concepción del poder que no debe descuidar la subjetividad del gobernado y que debe procurar investirla, apropiársela, por todos los medios. Pero esa voluntad menos de *seducir* que de *informar* al gobernado, ¿no apunta acaso precisamente a aquella idea foucaultiana según la cual la gubernamentalidad incorpora a su cálculo el “gobierno de sí” del gobernado, modelando su subjetividad a través de una doble acción ideológico-disciplinaria? Y por lo demás, este doble soporte, ¿no recuerda por azar la pareja importancia que Gramsci concedía al sistema educativo, pero también el orden jurídico de la nación? ¿Nada tiene que ver este doble soporte con la tantas veces debatida noción de *intelectual orgánico*? En efecto, como no podía ser de otra manera dentro de una filosofía de la praxis, el concepto de *inte-*

La crisis del capitalismo fordista, si *no produce* como respuesta una doctrina que llevaba décadas incubándose, ofrece sí al menos la *ocasión* perfecta para una contraofensiva neoliberal que representará en buena medida su némesis y en el decurso de la cual se irán ganando progresivamente todas y cada una de las más importantes posiciones estratégicas en cuanto a toma de decisiones se refiere. Con el control de gobiernos ellos mismos hegemónicos en el concierto jurídico-político internacional y, a través suyo, merced a sus cuotas participativas, de instituciones internacionales decisivas (FMI, Banco Mundial, OCDE, OTAN, OMC, Consejo de Seguridad de la ONU, etc.), el neoliberalismo dispone ya —si añadimos a la consideración, los medios de comunicación, “independientes” del poder político, pero no del poder económico-corporativo con el que se entremezclan y se funden a nivel global— de la necesaria *plataforma ideológico-disciplinaria* para propagarse como verdad indiscutida, para desactivar su carácter político y naturalizarse, bajo la forma de una verdad “técnica” y por tanto indiscutible, como pensamiento único.

¿Cuáles son los rasgos centrales a través de los cuales Laval y Dardot perfilan el funcionamiento de ese aparato ideológico-disciplinario? La “representación ideológica” se desarrolla bajo la doble y complementaria modalidad de “una lucha ideológica contra el Estado y las políticas públicas, por un lado, y una apología sin reservas del capitalismo más desatado, por otro lado.”<sup>22</sup> Su propósito pasa por establecer una relación equivalencial inmediata entre la *libertad* y el *mundo*; ese mundo que, entrevisto bajo la amable forma de un mercado global, escapa no casualmente al único control político democrático posible, el que se ejerce dentro de los marcos de los antiguos Estados nacionales. Más que antiestatista y antipolítico —dos cosas, el Estado y la política, de las que sabrá valerse eficazmente— el neoliberalismo es antinacional con el secreto designio de ser antidemocrático.

Su auténtico enemigo no es tanto el comunismo —cuya potencial expansión parece estructuralmente limitada en la edad dorada del capitalismo— o el fascismo —que la Segunda Guerra Mundial ha conseguido reducir, a lo sumo, a un cúmulo de desperdigadas experiencias de vandalismo urbano políticamente anecdóticas— sino esa

---

*lectual orgánico*, al margen de su adscripción de clase o quizá precisamente por ella, vehicula sobre todo un cuestionamiento de la absurda y políticamente ineficaz separación de los planos “ideológico” y “disciplinario”: “¿Cuáles son los límites ‘máximos’ que admite el término ‘intelectual’? ¿Se puede encontrar un criterio unitario para caracterizar igualmente todas las diversas y variadas actividades intelectuales y para distinguir a estas al mismo tiempo y de modo esencial de las actividades de las otras agrupaciones sociales? *El error metódico más difundido, en mi opinión, es el de haber buscado este criterio de distinción en lo intrínseco de las actividades intelectuales* y no, en cambio, en el conjunto del sistema de relaciones en que esas actividades se hallan (y por tanto los grupos que representan) en el complejo general de las relaciones sociales” (*Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva visión, 2012, pp. 12-3).

<sup>22</sup> *Op. cit.*, p. 206.

socialdemocracia que ha cautivado a Occidente ofreciendo como carta de presentación las generosidades de un capitalismo embridado. A este enemigo no tan fácilmente estigmatizable apunta el afanoso trabajo ideológico de un Hayek que, ya desde *Camino de servidumbre*, se propone mostrar, según glosan Laval y Dardot, que “el *gulag* y el impuesto no eran, en el fondo, más que dos elementos de un mismo *continuum* totalitario.”<sup>23</sup> Por supuesto no es el *gulag* el que sale mal parado de la comparación.

Ahora bien, si de pronto esta hasta entonces inverosímil equivalencia encuentra finalmente una audiencia masiva, si no resulta desestimada como algo sencillamente descabellado, ello se debió, como apuntamos más arriba, a la trágica crisis del capitalismo fordista. En la medida en que dicho modelo de crecimiento estaba cimentado en sistemas económicos relativamente autocentrados y en un Estado que, a través del instrumento del gasto público, no dudaba en reconocerse como actor económico-político central, la terrible estanflación de los años '70 pudo ser presentada como el efecto más o menos directo e inexorable del “dirigismo” y “provincialismo” del Estado providencia. Sólo así el “capitalismo libre” de unos mercados mundiales “autorregulados” pudo empezar a ganar consideración como alternativa viable<sup>24</sup>.

La progresiva colonización de las instituciones antes aludida daría finalmente la oportunidad de pasar de la teoría a la práctica, del programa a la acción. Con ello no desaparece la actividad ideológica —que si, en general, es indispensable, lo es aun más para una utopía conservadora que necesita estigmatizar y autoincriminar a las víctimas que ella misma produce con su lógica predatoria—, pero ésta se complementa y refuerza con el escaso y selectivo “éxito” que el neoliberalismo tiene para ofrecer. El neoliberalismo comprendió a la perfección la lección foucaultiana expuesta más arriba: no se alcanza hegemonía alguna sin la mediación del cuerpo. Las ideas deben de algún modo satisfacerlo, deben solazarlo si aspiran a arraigarse en él. No se modela una subjetividad reclamándole impenitentemente al tiempo que se le niega todo alivio o placer. La puerta de entrada del neoliberalismo a la materialidad de la vida

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 210.

<sup>24</sup> Esta operación ideológica neoliberal no hubiera tenido sin embargo el éxito que refleja su constitución hegemónica como nueva razón del mundo de haberse circunscrito sin más al ámbito *técnico* de la mayor o menor eficacia de un determinado modelo estatal. La descalificación del Estado providencia, así como su reverso, la rehabilitación de un “capitalismo libre”, debían alcanzar pues, de un modo paralelo y complementario, una dimensión *moral*. La articulación equivalencial entre el *gulag* y el impuesto remite sin dudas a ese objetivo, pero también lo hace toda una línea discursiva neoliberal que hará del Estado providencia una fuente de *morbosidad social*: “El gran tema neoliberal afirma que el Estado burocrático destruye las virtudes de la sociedad civil, la honradez, el sentido del trabajo bien hecho, el esfuerzo personal, la civilidad, el patriotismo. No es el mercado el que destruye la sociedad civil por el ‘apetito de ganancia’, porque no podría funcionar sin las virtudes de la sociedad civil; es el Estado el que mina los mecanismos de la moralidad individual.” (Laval y Dardot, *op. cit.*, pp. 211-2)

cotidiana, el soporte disciplinario a partir del cual la gubernamentalidad neoliberal se propone y alcanza el “gobierno de sí” del gobernado es, por abstracto e indirecto que parezca *prima facie*, el *capitalismo financiero*, en cuya dilucidación Laval y Dardot alcanzan otro de los momentos teóricos más destacados de la obra.

Mostrar de qué manera el capitalismo financiero sustancia el soporte disciplinario del competencialismo neoliberal no es tarea sencilla. Demanda parejo talento para la síntesis y el análisis. Exige todo tipo de precisiones, mediaciones, concatenaciones pero, sobre todo, una penetrante intuición que permita entrever la clave de bóveda hacia la cual converge la caótica masa de líneas de fuerza, el hilo conductor que rige la trama. Ese hilo conductor será la “creación de valor accionario”<sup>25</sup>. Aunque opera fundamentalmente como un mecanismo de control indirecto sobre la gestión de las empresas, este neo-imperativo categórico, de un rigor e incondicionalidad incuestionable, funciona como un auténtico *telos* que informa la arquitectura institucional del capitalismo financiero al completo y, con ella, la acción disciplinaria neoliberal toda. Desde el plano macroeconómico de disciplinamiento de los Estados hasta un nivel micro en el que se alcanza la intimidad del sujeto individual en su doble condición de asalariado y cliente, la creación de valor accionario aparece como la auténtica correa de transmisión del competencialismo, incitando en el Estado y el individuo –agentes ambos no necesaria ni “naturalmente” económicos– una conducta empresarial. A la creación de valor accionario debemos sin duda el principio de *accountability*, que singulariza a cada trabajador y lo convierte en una especie de microempresa<sup>26</sup> que habrá de obtener, no ya el prefijado y poco “estimulante” sala-

---

<sup>25</sup> “De acuerdo con esta lógica, la “creación de valor accionario”, o sea, la producción de valor en provecho de los accionistas tal como los mercados bursátiles lo determinan, se convierte en el principal criterio de gestión de los dirigentes. Ello afectará profundamente a los comportamientos de las empresas. Éstas desarrollan toda clase de medios para aumentar esta “creación de valor” financiero: fusiones-adquisiciones, recentramiento en actividades principales (*core business*), externalización de determinados segmentos de la producción, reducción del tamaño de la empresa. La gobernanza de la empresa (*corporate governance*) está directamente ligada a la voluntad de tomar el control de la gestión de las empresas por parte de los accionistas. El control llamado “indicial”, determinado solamente por la variación del índice bursátil, tiene la finalidad de reducir la autonomía de la gestión de los *managers*, que tienen supuestamente intereses diferentes de los de los accionistas, incluso opuestos a los suyos. El principal efecto de estas prácticas de control ha sido hacer del aumento del valor en bolsa el objetivo común de los accionistas y los dirigentes. El mercado financiero ha quedado así constituido como un *agente disciplinador* para todos los actores de la empresa, desde el dirigente hasta el asalariado de base: todos deben estar sometidos al principio de *accountability*, o sea, la necesidad de “rendir cuentas” y ser evaluados en función de los resultados obtenidos” (p. 201).

<sup>26</sup> “Cada sujeto se ha visto compelido a concebirse a sí mismo y a comportarse en todas las dimensiones de su existencia como portador de un capital que se debe revalorizar: estudios universitarios de pago, constitución de un ahorro y una jubilación individual, compra de su vivienda, inversiones a largo plazo en títulos bursátiles, tales son los aspectos de esta “capitalización de la

rio tradicional, sino beneficios parejos a su rendimiento. Pero a la creación de valor accionarial debemos también un cierto nivel de paro estructural, una sistemática desprotección en materia de “onerosos” derechos socio-laborales y, en general, una desmembración y un desempoderamiento de clase sin el cual el individuo asalariado no se vería objetivamente conminado a aceptar las nuevas e insensatas reglas que determinan su inscripción en este mundo de mercados libres y autorregulados. Tareas, todas ellas, alentadas o toleradas por un Estado neoliberal que, al sustituir el objetivo macroeconómico del pleno empleo por las obsesivas metas de inflación, ha operado ya no sólo una alquimia de lo público sino también una apuesta de clase. Así podríamos multiplicar *ad nauseam* los ejemplos sin tener que apartarnos un ápice del mismo patrón.

Lo macro y lo micro; la producción y el consumo; lo público y lo privado. Nada queda fuera ya de esta *lógica de las finanzas* que modela no sólo la concepción de la empresa como agente económico, sino también el pensamiento del Estado<sup>27</sup> y la autocomprensión misma que el sujeto tiene de sí<sup>28</sup>. Los dos últimos capítulos de la obra, en los que se abordan estas delicadas cuestiones, no son meros apéndices, como pudiera hacernos creer el hecho –en realidad apariencial– de que “abandonamos” el ámbito de lo privado. El neoliberalismo no lo abandona nunca; antes bien se podría decir que lo lleva consigo a todos lados. El dispositivo ideológico-disciplinario neoliberal recorre no sólo un eje de *profundización* como el antes analizado, sino también, de un modo complementario, un eje de *transversalidad*. Si el primero explica en parte el *anclaje raigal* de la nueva norma subjetiva a partir de una tecnología de control de amplio espectro –que va, según hemos visto, desde la disciplina macro-económica hasta la más modesta organización de las formas del trabajo–, el segundo no hará sino *reforzar aun más dicho anclaje* mediante la disolución de cualquier esfera normativa alternativa. El *modelo empresarial* se instituye así como *matriz* de una *racionalidad única y exhaustiva* que, según sostienen Laval y Dardot, es por ello “global” también en un *segundo* y por lo general inadvertido *sentido*: no ya conforme a su escala planetaria sino, más insidiosamente, por la forma en que coloniza, reduciendo uniformemente sus respectivas especificidades, lo público y lo íntimo.

Esta expansión de la lógica empresarial más allá de su ámbito natural es determinante para explicar el carácter hegemónico del neoliberalismo, su constitución como *racionalidad*. En la medida en que una economización generalizada de la existencia no es precisamente un fenómeno reciente, la novedad central del neoliberalismo no es tanto el viejo y cansado *homo oeconomicus* cuanto la *privatización de la razón pública*, ejemplarmente materializada en la llamada Nueva Gestión Pública.

---

vida individual” que, a medida que ganaba terreno entre los asalariados erosionaba más las lógicas de solidaridad” (p. 202).

<sup>27</sup> V. cap. 8: “El gobierno empresarial”.

<sup>28</sup> Cf. cap. 9: “La fábrica del sujeto neoliberal”.

Sin desatender la precariedad y el deterioro que ella introduce en la esfera de lo público —una catástrofe no sólo socio-económica, sino también cultural y acaso civilizatoria—, es imposible obviar la perfecta eficacia de su efecto hegemónico. Cae el último bastión. Nada queda en pie en la exterioridad de la nueva norma. O mejor dicho, no hay ya exterioridad alguna<sup>29</sup>. Se puede avanzar casi inercialmente, sin rozamiento, sobre la intimidad del sujeto.

La gubernamentalidad neoliberal alcanza en ese neosujeto, en ese hombre irrestricta e *indiscriminadamente* competitivo, su más poderosa palanca, el arraigo último e in-conmovible de su posición hegemónica. La lógica empresarial que atraviesa todo su campo existencial lo empuja a reproducir el orden mismo del que no es sino su producto. El grado de penetración de esta nueva norma subjetiva no conoce parangón entre sus antecedentes si, como explican Laval y Dardot, este comportamiento rentístico ha conseguido *colonizar el deseo mismo* a través de la configuración de un *dispositivo de rendimiento-goce*: “Las nuevas técnicas de la ‘empresa de sí’ alcanzan, sin duda, el colmo de la alienación al pretender suprimir todo sentimiento de alienación: obedecer al propio deseo y al Otro que habla en voz baja dentro de uno mismo, todo es lo mismo. El *management* moderno es en este sentido un gobierno ‘lacaniano’: el deseo del sujeto es el deseo del Otro. Al poder moderno le corresponde hacerse el Otro del sujeto. A esto tiende, ciertamente, la construcción de las figuras tutelares del mercado, de la empresa y del dinero. Pero, sobre todo, es lo que permite obtener sofisticadas técnicas de motivación, incentivación y estímulo.”<sup>30</sup> Como resultado excedentario, este dispositivo de rendimiento-goce ofrece la nada despreciable posibilidad de “superar [siquiera] en el plano imaginario la contradicción que en su día advirtió Daniel Bell entre los valores hedonistas del consumo y los valores ascéticos del trabajo”<sup>31</sup>.

El orden neoliberal emerge de este modo como un cuestionamiento integral a la modernidad. El neosujeto de la *in-diferencia* corta definitivamente amarras con el sujeto occidental moderno que “ha dependido de regímenes normativos y políticos heterogéneos unos a otros y que el mismo tiempo mantenían entre sí relaciones conflictuales.”<sup>32</sup> La pantomima en la que ha desembocado el que podríamos considerar su producto político más característico, aquellas democracias liberales diseña-

---

<sup>29</sup> La falta de todo contraste, la ausencia de toda diferencia: en eso consiste la apoteosis de toda empresa hegemónica. Extraña apoteosis marcada por la discreción, el silencio, el tedio. Esta monolítica identidad constituye el momento último de una *naturalización* que, de un modo extrañamente objetivo, viene a garantizar que lo particular pueda ser vivido como universal (ideología), que la coacción pueda no ser padecida como coerción (disciplina), que, en definitiva, lo político pueda ser estoicamente experimentado como una fatalidad de nuestra nueva naturaleza: la técnica (racionalidad).

<sup>30</sup> *Op. cit.*, p. 332.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 333

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 327.

das en gran medida como válvula política de escape y evacuación de esas tensiones, parece así atestiguarlo: sin diferencias que articular o reconciliar, sin alternativas que construir o vehicular, la democracia liberal actual puede mostrarse impudicamente como una tiranía de los mercados que ya ni siquiera necesita la teatralización de los procesos electorales, como ha demostrado recientemente el desembarco parademocrático de los gobiernos “técnicos” impuestos por la Troika en países como Grecia o Italia. Para quien estime que fenómenos de este tipo constituyen una mera anomalía, extraña al funcionamiento normal del orden neoliberal, valdría recordarle la asfixiante “tutela” que ejerció el FMI sobre los gobiernos latinoamericanos durante las “décadas perdidas” de los años ’80 y ’90, cuando no la extemporánea pero en modo alguno incongruente preferencia que expresara Hayek por las “dictaduras liberales” en detrimento de las “democracias antiliberales”<sup>33</sup>.

No quisiéramos concluir esta nota crítica de la obra de Laval y Dardot sin señalar una importante carencia que en cierto sentido desluce este por lo demás brillante análisis de la gubernamentalidad neoliberal y a la que, según creemos, también se ven arrastrados por una mal entendida fidelidad a la obra de Michel Foucault. Del examen que realizan del sistema ideológico-disciplinario neoliberal parece inferirse que el objetivo del neoliberalismo es la instauración de una suerte de *individualismo financiero*. De lo que se trataría en última instancia es de producir subjetividades que, con el objeto de sobrevivir a una lucha descarnada, se rigen prácticamente en todas las esferas de su vida según el imperativo de una constante e indefinida revalorización. Un sujeto así parece un sujeto estructuralmente condenado a la insatisfacción ya que, en efecto, carece de metas parciales con las que contentarse o espacios diferenciados en los que sustraerse a esa demencial y anómica hiperactividad. No por azar, junto al esperpéntico dispositivo del rendimiento-goce que toma su modelo del deporte de alta competencia<sup>34</sup>, es una novedosa y polimorfa psicopatología<sup>35</sup> lo que agota la poca nutrida oferta “espiritual” de la “fábrica del sujeto neoliberal”.

<sup>33</sup> En una entrevista publicada por el diario chileno El Mercurio, con fecha 12 de abril de 1981, Hayek declara: “As you will understand, it is possible for a dictator to govern in a liberal way. And it is also possible for a democracy to govern with a total lack of liberalism. Personally I prefer a liberal dictator to democratic government lacking liberalism.” (Cito por Laval y Dardot, ob. cit., p. 185, que recoge la declaración literal tal y como aparece en el texto de la entrevista publicado por el Instituto Hayek) Hayek, quizá como ningún otro liberal, reconoce sin complejos la tensión estructural entre democracia y liberalismo que tan exhaustivamente analizara Carl Schmitt en *Los fundamentos histórico-espirituales del parlamentarismo en su situación actual*, Madrid, Tecnos, 2008.

<sup>34</sup> Como señalan Laval y Dardot “el deporte de competición, más aun que las figuras idealizadas de los dirigentes de empresa, es el gran teatro social que exhibe a los dioses, semidioses y héroes modernos. (...) El *coaching* es al mismo tiempo el signo y el medio de esta constante analogía entre deporte, sexualidad y trabajo. Este modelo, quizás más que el discurso económico sobre la competitividad, es el que ha permitido naturalizar el deber de rendimiento, el que ha difundido entre

Hasta aquí nada que objetar al análisis. Ahora bien, ¿a qué fines se orienta esta producción serial de neosujetos emprendedores de sí? ¿Es ella verdaderamente la “última instancia”, un fin en sí mismo, como por momentos parece seguirse del análisis de Laval y Dardot? ¿No tiene la “creación de valor accionarial” un sentido que no puede ser desvelado sino *políticamente* y que, como tal, remite en definitiva a la lucha de clases?

Como señaláramos en un principio, uno de los principales méritos de *La nueva razón del mundo* consiste en haber conseguido sortear la siempre tentadora idea del complot, tarea para la cual nuestros autores invocaban la noción foucaultiana de *estrategia sin sujeto*. En Foucault, sin embargo, la noción cuestionaba, por su grosero esquematismo, un cierto tipo de intelección excesivamente racionalista y voluntarista de la historia, no así la naturaleza política de las fuerzas que en ella intervienen. Toda la impericia de la idea del complot se resume en la necesidad de suponer una acción perfectamente concertada y coordinada a escala global, un supuesto tan riguroso como superfluo para una historia cuyo sentido político no requiere la transparente conciencia de sus agentes. Pero *una estrategia sin sujeto no es, ni inmediata ni necesariamente, una estrategia sin política*, algo que la inconsulta teoría de la hegemonía habría puesto de manifiesto a través del antiesencialismo de la obra de Laclau y Mouffe<sup>36</sup>, pero que nuestros autores bien podrían haber recogido del propio Foucault, quien al presentar la noción emplea como elocuente ejemplo el caso de la *gestación de la clase burguesa como efecto de la necesidad de moralización de la clase obrera*. La historia, pues, no requiere sujetos apriorísticos o pre-constituidos, sino que ella misma se encarga de producir los agentes de implementación que su deriva política demanda.

Esta importante lección se desvanece tan pronto Laval y Dardot acaban de transcribir la cita que la contiene<sup>37</sup>. Desaparece sin dejar en su mirada peso alguno, lo cual contribuye a dibujar un cierto horizonte anómico en el cual el neoliberalismo aparece

---

las masas cierta normatividad centrada en la competencia generalizada.” (pp. 358-9) Este competencialismo nada tiene que ver con el antiguo espíritu agonal que los griegos legaron a la civilización occidental. Su espejo es la bolsa, no la palestra. Su objetivo no es medirse para dirimir quién es mejor, sino ser el “mejor” –cosa que por lo general consiste más bien en ser el más astuto, el menos escrupuloso– para poder eliminar al otro. La competencia se encamina no a la obtención de honores, sino a la supervivencia.

<sup>35</sup> V. *op. cit.*, “Las clínicas del neosujeto”, pp. 366-81.

<sup>36</sup> Cf. *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, Argentina, FCE, 2010. Se podría decir que esta recusación del apriorismo esencialista constituye uno de los más señalados rasgos distintivos de la teoría de la hegemonía que en dicha obra desarrollan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

<sup>37</sup> Cf. pp. 191-3.

como una suerte de proyecto insensato<sup>38</sup>. Pero el neoliberalismo es algo más que un proyecto insensato. El neoliberalismo vehiculó y aún hoy vehicula la contraofensiva de clase con la que el capital intenta recuperar las posiciones perdidas frente al trabajo durante la etapa del capitalismo fordista. En la medida en que ninguno de los dos –capitalismo fordista y capitalismo neoliberal– cuestiona en sí mismo el régimen de producción capitalista, resulta oportuno diferenciarlos en términos de una *política de la oferta* o una *política de la demanda*, según sea la clase (capital o trabajo) y el aspecto de la economía capitalista (la producción o el consumo) en los que hacen recaer la responsabilidad de traccionarla. Esta diferenciación –a pesar de su aparente conformismo<sup>39</sup> y de una ingente cantidad de complicaciones que no es posible asentar aquí, pero entre las cuales no es una menor la forma en que el capitalismo *financiero* se aleja decisivamente de la economía productiva– nos sigue pareciendo, incluso a día de hoy, una distinción capital para conseguir comprender cabalmente no sólo la realidad política contemporánea en un sentido más general, sino algunos aspectos medulares del propio neoliberalismo que de lo contrario se tornan inasibles.

En la medida en que *La nueva razón del mundo* tiene como interés teórico central desvelar las razones que explican la constitución del neoliberalismo como racionalidad global, naturalmente la historia que aquí se cuenta es una historia del éxito. Pero sobrestimar al enemigo no es menos peligroso e incauto que subestimarlo. La hegemonía neoliberal no es tan limpia y perfecta como parece. Y no sólo porque su alcance global comience a exhibir algunas fisuras, sino, sobre todo, porque incluso allí donde sigue imperando, su capacidad de modelar subjetividades está estructuralmente limitada por las escasas recompensas que, como conviene a un sistema que se rige por una lógica selectiva predatoria, el neoliberalismo tiene para ofrecer. En este sentido, el análisis del neoliberalismo parecería requerir algún tipo de hipótesis su-

---

<sup>38</sup> Esta caracterización ciertamente no ayuda en nada a comprender el neoliberalismo y mucho menos a combatirlo, según era la declarada intención de Laval y Dardot: “aunque este libro pretende respetar los criterios de la investigación científica, no es ‘académico’ en el sentido tradicional del término, sino que se plantea, de entrada y ante todo, como una obra de *clarificación política* en lo referente a esa lógica normativa global que es el neoliberalismo” (p. 12, *svursiva nuestra*).

<sup>39</sup> Para posiciones intransigentes como las de una izquierda radical, nada hay, salvo la revolución, que no sea resignación y conformismo “reformista”. En este sentido, nada tiene de extraño que gran parte de esos “populismos” latinoamericanos que en cierta medida han reeditado lo que fuera aquella política keynesiano-fordista de la demanda hayan podido encontrar, a su izquierda, antagonistas tanto o más desahogados que los que aparecían razonablemente a su derecha. Toda una retórica de la revolución permanentemente traicionada –siempre tan inminente como inexcusablemente abortada por las fuerzas contemporizadoras de la escena política nacional– explica así por qué encomiables motivos la izquierda ha podido ser en Latinoamérica tradicionalmente funcional a la derecha más reaccionaria. Cf. Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la nación latinoamericana*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2012.

plementaria que venga a subsanar las lagunas de ese “dispositivo ideológico-disciplinario” que no sólo no consigue explicar, sino que más bien oculta el inexorable excedente de fracaso social.

Además de sujetos perfectamente adaptados e individuos que se conforman con evacuar discretamente sus desarreglos emocionales en la consulta psicoanalítica, además de competidores gustosos y suicidas potenciales, un bolsón de marginalidad suele acordonar las amuralladas ciudadelas de la prosperidad. Esos sujetos ni se adaptan ni se resignan y obligan al Estado neoliberal a desempolvar su faceta menos “hegemónica” y más abiertamente coercitiva: su aparato represivo. Como bien se pudo comprobar en la Gran Bretaña thatcheriana, en el Chile pinochetista y en cualquier otra sociedad neoliberal, es una y la misma mano la “mano invisible” que agasaja al gran capital y el “puño de hierro” que percute sobre los sindicatos, la que lubrica generosa los mercados y se cierra, mezquina, frente a la sociedad.

Pero no siempre hace falta ir tan lejos si la ideología consigue en parte desactivar o tan siquiera enfriar el conflicto social. Entre la masa social de excluidos se encuentra, en no pocas ocasiones, gran parte del respaldo electoral de las fuerzas neoliberales que operan en cada sistema político vernáculo, lo cual lejos de ser inexplicable, no hace sino reeditar el ya clásico problema de la falsa conciencia. Por mucho que una cínica “teoría del derrame” augure lo contrario, la política de la oferta, a diferencia de la política de la demanda, no puede sostener la ilusión de una prosperidad general, porque su clase protagónica —el capital— no es ni tan siquiera potencialmente una clase universal<sup>40</sup>. El neoliberalismo emerge así bajo la forma de una *utopía* conservadora que promete para un futuro inalcanzable lo que no puede dar nunca hoy, que difiere indefinidamente su edad dorada sujetándola extorsivamente a una *total y completa* aplicación de sus principios. Mientras tanto, gana terreno, sigue avanzando sin despreñar conquista alguna, aun cuando sepamos, con Polanyi, que el sueño de desarraigo absoluto que alimenta la delirante fantasía neoliberal de una sociedad de mercado perfecta es, en sí mismo, irrealizable. No deja de resultar una paradoja de la historia del neoliberalismo el que Karl Popper, aquél que conmocionara a la ciencia contemporánea con su teoría de la falsación, fuera uno de los más encumbrados miembros de la Sociedad Mont Pelerin.

---

<sup>40</sup> La diferencia entre una política de la oferta y una política de la demanda se hace aquí más que sensible si, como sostienen Laclau y Mouffe, el keynesianismo del *Welfare State* permitió “atribuir una dimensión ‘universalista’ a los intereses obreros, ya que una política de altos salarios, a través de su contribución a la expansión de la demanda agregada, se tornaba un estímulo para el crecimiento económico” (*op. cit.*, p. 110).